
Buscando la singularidad en la pluralidad

Seeking uniqueness in the crowd

Cecilia Balladini

FADECS-UNCo

ceciballadini@yahoo.com.ar

RESUMEN

El presente trabajo es un planteo de indagación que abre el juego a la problematización sobre los modos de subjetivación en la experiencia digital que ponen en tensión las formas de existencia del “hombre postorgánico”, modificando cómo percibimos y autopercebimos nuestro ser en esta experiencia cultural. En este contexto, la interacción no siempre equivale a estar comunicados. La virtualidad nos permite estar en tiempo real en espacios digitales, pero también puede generar una desafiliación afectiva y una pérdida de la singularidad en favor de la homogeneidad desde el algoritmo. Esta indagación abre más interrogantes de los que contesta, pero quizás justamente las preguntas pueden acercarnos a indagar en los intersticios de la vida cotidiana, en las líneas de fuga que genera el propio capitalismo en sus variadas formas (principalmente de plataforma, en este caso), que emergen y resisten a la vez.

Palabras clave

Modos de
subjetivación;
experiencias
digitales;
comunicación.

ABSTRACT

This work opens up a discussion about the types of subjectivation in the digital experience, which challenges the ways of existence of the "post-organic man," altering how we perceive reality and we perceive ourselves in this cultural experience. In this context, interaction does not always equate to being connected. Virtuality allows us to be present in real-time in digital spaces, but it can also generate emotional disaffiliation and a loss of uniqueness in favor of algorithm-driven homogeneity. This inquiry raises more questions than it answers, but perhaps it is precisely these questions that can lead us to explore the gaps in everyday life, the lines of flight generated by capitalism in its various forms (mainly platform-based, in this case), which both emerge and resist at the same time.

Keywords

Types of subjectivation; digital experiences; communication.

¿Qué es esto que somos? ¿Cuáles son los modos de subjetivación y de existencia en los que nos paramos en este presente en el que nos toca habitar? ¿Hay modificaciones en el sí mismo, en la forma de percibirnos y autopercibirnos? ¿Esto modifica lo afectivo y relacional y así los vínculos sociales? ¿Qué entendemos por comunicación hoy, en este huracán de cambios tecnológicos, especialmente digitales? Tantas inquietudes y tan pocas respuestas surgen de un contexto que nos atraviesa de modos variados. En este escrito intentaremos visibilizar diversos afluentes que nos acercan a la comprensión del presente y a la problematización de lo humano desde una reflexión filosófica y desde algunos aportes del campo comunicacional, para así delinear estos interrogantes que van surgiendo (entre otros) y nos permiten abordar la temática.

Vamos a tomar un caso significativo entre otros. Rocío Buffolo, oriunda de Neuquén, argentina, este año fue entrevistada por Mariana Dahbar (Infobae, 2004) y se viralizó por las redes sociales. Esta joven se presenta como abogada y cantante. Pero ¿qué es lo que la singulariza? Afirma que se autopercibe como un robot humanoide, y se la conoce como “Rose, la chica robot”. Entre los cambios que hizo para parecerse a una máquina está el diseño de vestimenta que imita una coraza robótica. Además, para sentirse como tal se hizo implantar un chip en la médula espinal, lo que le permite, según dice, combinar inteligencia artificial y emocional para poder desafiar los inconvenientes tanto sociales como profesionales en esta sociedad que describe como hostil y de vínculos frágiles. Su decisión fue justificada como una forma de autoprotegerse, de cuidarse y también como un modo de vida. Además, tiene una pareja robot, a quien, enviándole datos, puede dotar de distintas características según su deseo e incluso tener relaciones sexuales por el puerto USB. La joven convive además con su perro robot, a quien prende y apaga cuando quiere.

Este es un ejemplo de cómo las subjetividades pueden conectarse a la tecnología a través de la digitalización del cuerpo y de los vínculos afectivos. Esa tecnología posee un lenguaje específico y como consecuencia su lenguaje estructura el pensamiento. Pero ¿de qué cuerpo estamos hablando? ¿Del que se conoce biológicamente, genéticamente, o del que se recrea según las necesidades y deseos? ¿De ese que se aborrece y se necesita cambiar por algo más funcional o de aquel al que se ama y se busca eternizar con múltiples cuidados de *marketing*, *coaching* o

técnicas de autoayuda? Aunque estas alternativas parezcan diferentes, sin embargo, apuntan a lo mismo: la humana necesidad de cubrirse, de refugiarse o apartarse de lo que resulta hostil, ya sea en cuanto al entorno o a los vínculos, despojarse de los sentirpensares. Para comprender esta condición, sería pertinente traer las reflexiones que invita a pensar Sibilia (2005), cuando afirma que la constitución biológica del cuerpo humano se estaría volviendo anticuada, inadecuada, “obsoleta”. La pregunta que deberíamos hacernos es por qué o para quién/es ya no es funcional. Para esta autora, el “hombre postorgánico” está viviendo entre “procesos de hibridación orgánico-tecnológica” (Sibilia, 2005:13) en los que se dan “interpenetraciones entre cuerpos y tecnociencia”. Una característica de estas penetraciones recíprocas es que pueden resultar productivas cuando inducen al placer, gestando nuevas prácticas, saberes y discursos, además de nuevos modos de sentir, vivir, pensar, “nuevos modos de ser” (Sibilia, 2005:52). Pero también pueden ser negativas, derivar en temores y causar dolor.

Siguiendo con el planteo de Sibilia, ella afirma que han quedado de lado las ideas, metáforas del hombre robot, autómatas y hombre máquina, que nacieron en y con una sociedad industrial (Sibilia, 2005:14). Sin embargo, estos discursos, aunque actualizados o reformulados, conviven en los procesos de hibridación orgánico-tecnológica, como vemos en nuestro caso ejemplo, pero haciendo hincapié no solamente en los cuerpos. En esta instancia particular van más allá, se reinventan y posicionan en el territorio de los sentimientos y las emociones, pensando ya desde la digitalización de los vínculos afectivos, hasta los cuerpos como “sistemas de procesamiento de datos, códigos, perfiles cifrados, bancos de información” (Sibilia, 2005: 14). Otros modos de ser están surgiendo, pero habilitados por la cultura, entendida como tejido que condiciona, pero no determina, en sus posibilidades y limitaciones, proyecciones a través de procesos comunicacionales que configuran sentidos, modos de entender y entenderse y habilitan la lucha de sentidos. Pues toda práctica está sustentada de forma consciente o no, en ideas y creencias. La cultura nos entrena para ver ciertas cosas y no otras, para interpretarlas de cierta forma y no de otra, nos entrena y provee de instrumentos conceptuales para percibir las y así configurar las conductas, organiza el movimiento permanente de la vida cotidiana (Uranga, 2004). Es por eso que tomando las palabras de Sibilia es preciso

“desentrañar” las articulaciones de estos procesos de hibridación orgánico-tecnológica “con la formación socioeconómica y política en donde se desarrollan esos procesos” (2005:13) es decir, con distintas instancias como el modo de producción dominante, y las relaciones sociales de él derivadas.

Entre lo posible y lo deseable

Nos encontramos atravesados por desplazamientos conceptuales, imaginarios, horizontes que se desdibujan para dar lugar a otros posibles, intentando borrar los límites del pensamiento dicotómico prometeico que nos atravesó y atraviesa culturalmente desde hace tiempo: vida-muerte, orgánico-inorgánico, analógico-digital, joven-viejo, orden-desorden, poder-resistencia, tiempo-espacio, mente-cuerpo... tensiones, pares polares que juegan, emergen como emergentes y resistentes, instituidos e instituyentes. Pareciera que en el transcurso de la historia necesitamos a alguien para enaltecer y para aborrecer, un blanco y un negro... quizás es momento de indagar grises, de buscar grietas en ese tejido social, para averiguar por dónde se descose la trama social y cómo vuelve a cocerse. Conocer cuáles son sus pliegues, repliegues y despliegues permitiría interpretar el momento que atravesamos actualmente como una clave para imaginar y trazar trayectorias en escenarios posibles.

Para Sibilia (2005:51) existen obstáculos orgánicos, limitaciones para desarrollar el potencial y ambición de los humanos, que pueden exponerse en dos ejes: el temporal vinculado a la búsqueda de la inmortalidad y el espacial relacionado con la virtualidad. En otras palabras, se trata del aquí y ahora traspasando las fronteras del presente, diluyéndose con el pasado y futuro. La autora plantea que desde la tecnociencia occidental se ha abandonado una idea prometeica por otra fáustica. Es decir, se ha cambiado el ideal del pensamiento moderno, el interés en la búsqueda del progreso de la humanidad para mejorar las condiciones de vida, por la tecnociencia contemporánea que busca el ilimitado e insaciable traspaso de las limitaciones del cuerpo humano.

Como consecuencia se reconfigura y redefine lo que se entiende por ser humano (¿y por lo tanto humanidad?) su cuerpo, su vida, sus potencialidades. Esta disconformidad, sentimiento de angustia, de vacío, de incompreensión existencial, plantea nuevos retos para el ser humano postorgánico, fáustico, que busca nuevos modos de trascender, de desafiar, una vez más, a los “dioses”, a la existencia temporoespacial. Las experiencias virtuales prescinden de estas limitaciones y colonizan nuestras prácticas cotidianas, configurando subjetividades en las prácticas digitales. En este juego de colonizar ya no se configura un otro sino una comunidad digital, ya no singularidades, sino pluralidades basadas en algoritmos que nos unifican en datos informáticos, para pasar de ser entidades concretas a entidades digitales. La colonización digital opera clandestinamente, y se basa en un capitalismo de plataforma, con nuevos modos de producción dominantes, y siempre bajo una lógica neoliberal. Es decir, la racionalidad está orientada hacia la gobernabilidad de los sujetos en relación con ensamblajes neoliberales entendidos como “un conjunto de operaciones, estrategias y concatenaciones heterogéneas articuladas bajo una racionalidad política: la razón neoliberal” (Torrano, 2002: 81)¹. Una colonización digital que no busca eliminar al otro como en una conquista, sino meterse en su ser, en sus sentimientos y emociones, en sus intereses y lógicas, en su sentido común y prácticas sociales. Por consiguiente, esta colonización alcanzará todo el entramado social para enseñarle al sujeto a percibir desde esa racionalidad digital, seduciéndolo, fascinándolo y deslumbrándolo, invitándolo a vivir en las redes y desde las redes, configurando nuevos modos de vincularse y comunicarse.

Reconfiguración de la comunicación

Entonces ¿qué entendemos por comunicación hoy en este huracán de cambios tecnológicos, especialmente digitales? Circula la creencia en la vida cotidiana de que cuanto más conectados estamos en las redes, más comunicados estamos. Esta idea se vincula con la concepción de la comunicación desde una mirada tecnicista, entendida como intercambio a distancia, mediatizada por las técnicas. Asimismo, se

¹Andrea Torrano escribe en el Epílogo del libro de Sacchi *et al.* (2022) *Ensamblajes neoliberales: Mutaciones del capitalismo contemporáneo*. Vicente López: Red Editorial. p.81.

entiende a la comunicación como una necesidad funcional de las sociedades y de las economías interdependientes basadas en el comercio abierto, con un sistema socioeconómico relacionado con una división internacional del trabajo, que necesita de las nuevas tecnologías de la información para organizar la sociedad y el modelo de acumulación económico. Esta noción de comunicación se basa en criterios de eficacia y eficiencia que la conciben como un conjunto de herramientas técnicas y la reducen cotidianamente, en general, a la idea de información (Wolton, 2007). Pero esta interacción de la comunicación funcional no es sinónimo de intercomprensión, entendida ésta como intercambio, como comprensión hacia el otro, concepto que se articula con la idea de la comunicación como “experiencia antropológica”.

La comunicación entendida como conjunto de técnicas y como necesidad social funcional a las economías interdependientes, en esta sociedad contemporánea nos permite, parafraseando a Sibilia (2005), abandonar el aquí y ahora de la tradición analógica, y pasar a lo que entendemos (traducido digitalmente) como tiempo real de experiencias virtuales de sujetos que ya no necesitan el cuerpo orgánico ni la materialidad del espacio o la linealidad del tiempo para interactuar, para “comunicarse”. Surge entonces otro interrogante: ¿en esta virtualización de la interacción social y de los cuerpos que se conectan a distancia, estando sin estar presentes con el otro, se produce también lo que Paponi (2023) enuncia como una desafiliación afectiva (y emotiva)? ¿Esta desidentificación y ausencia de alteridad debilita los lazos sociales que creaban inclusión social, y por ende se rompe el tejido social? El espacio público, físico, como encuentro con el otro, donde se siente, se ve, se toca, se huele y se escucha con todos los sentidos del cuerpo orgánico; el espacio como lugar de resistencias, de circulación, de lucha de sentidos, ¿se esfuma, se desdibuja? ¿Podrá el espacio virtual suplantar al espacio físico? ¿Podrá el tiempo real sustituir al aquí y ahora? Actualmente con-viven y co-habitan el presente, pero es difícil lograr el equilibrio cuando los ensamblajes neoliberales atraviesan e interpenetran las distintas dimensiones de la sociedad actual.

Etimológicamente, de la palabra comunicación proviene del latín “*comunis*” y significa “común”. A su vez, morfológicamente la palabra posee dos raíces: “co”, que indica el vínculo con otro, estar con otro y “mun” que deriva de “muni”, movimiento. La comunicación es moverse uno con otro, es la manera de encontrarnos y “descubrir

la pluralidad singular y la singularidad plural. La comunicación refuerza, hace evidente la singularidad de los seres, y sin embargo, está la necesidad, la urgencia impostergable e inherente al ser humano de estar en relación-con" (Restrepo, 2011: 4). Si reconocemos que, al entrar en relación con el otro, al comunicarnos con el otro, lo que estamos haciendo es descubrir su singularidad, su diferencia, su distancia con otro ser, esto significa a su vez, que desde esa singularidad nos comunicamos para reconocer a un otro que es singular en medio de la pluralidad. En la virtualidad digital no hay singularidades, solo pluralidades, cuerpos que no pueden ser singularizados, solo datos informáticos, una masa homogénea. ¿Cómo comunicarnos, entonces, en las redes? Es que ahí no hay comunicación, solo interacción. Restrepo (2011) recupera una palabra en inglés: "*gap*" para referenciar a ese espacio miniatúrico que hay entre un ser y otro, un espacio vacío en las relaciones, una pequeña distancia que hace a la diferencia, a la singularidad de cada ser, y evita la total transformación de los seres en masa sodomizada, controlada y vigilada. Un intersticio de resistencia, de creación, de capacidad crítica que resiste ser colonizada porque se gesta en la dimensión antropológica de la comunicación.

Bibliografía

- Paponi, María Susana. (2023). Subjetivación en la experiencia de humanidades digitales. *Primer Congreso Internacional de Trabajo Social Forense*, 24 y 25 de agosto, Santa Fe, Argentina, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral. Ponencia.
- Restrepo, Mariluz. (2011). Analizar las organizaciones es mirar cómo funciona la vida. Entrevista de Mónica Arzuaga. *Revista dixit* N° 15 (octubre), 1-11.
- Sacchi, Emiliano; Exposito, Julia; Saidel, Matías L.; Lo Valvo, Emilio S. (2022). *Ensamblajes neoliberales: Mutaciones del capitalismo contemporáneo*. 1° ed. Vicente López: Red Editorial.
- Sibilia, Paula. (2005). *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Wolton, Dominique. (2007). *Pensar la comunicación: punto de vista para periodistas y políticos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.